

LAS CONVERSIONES DE SAN AGUSTÍN

GABRIEL GONZALEZ DEL ESTAL, OSA

Para el hombre contemporáneo, poco amigo de perplejidades y combates, el término *conversión* puede resultarle incómodo. Es más dado a buscar seguridad que a moverse en la incertidumbre de quien disfruta sin hastío la verdad, para seguir buscándola con nuevo afán (cf. *La Trinidad* 15,2,2). Por eso la conversión o las *conversiones* de san Agustín se pueden titular como heroicas y contemplar desde la distancia.

Este tema pretende dos objetivos: El primero, aproximarnos al Agustín que vivió en su vida noches oscuras, dudas y temores en su itinerario hacia Dios. En segundo lugar, introducir en nuestra vida el *espíritu de conversión* que, en clave cristiana, significa revestirse de Jesucristo (*Romanos* 13,13-14) para vivir libres de esclavitudes y experimentar el gozo de una presencia íntima de Dios. Todo un acontecimiento interior semejante al descubrimiento de un nuevo mundo personal. “Nosotros creemos –dice Olivier du Roy– que el descubrimiento de la interioridad espiritual ha sido el elemento decisivo en la conversión de san Agustín, liberándole al mismo tiempo de su materialismo y escepticismo. Esta doble liberación viene de una experiencia espiritual y aun mística y no de una dialéctica intelectual” (*L’intelligence dela foi en la Trinité selon S. Augustin*, p.470)

Convertirse es un hecho no sólo posible, sino necesario. Si la palabra conversión significa cambiar, mudarse, la vida es un continuo proceso de conversión. El grano de trigo cambia hasta hacerse espiga, el cuerpo del niño cambia hasta hacerse hombre. Todo lo que tiene vida cambia; el no cambiar es el morir, el adiós a la vida. Para nosotros, los cristianos, también el morir es cambiar.

En nuestra cultura cristiana y occidental, sin embargo, la palabra *conversión*, aplicada a personas, alude casi siempre a un cambio de actitud religiosa. Cuando hablamos de personas *convertidas* nos referimos a personas que no eran creyentes, o que tenían una fe superficial y teórica, o un comportamiento alejado de una determinada práctica religiosa, y que, de una manera casi siempre súbita y sorprendente, decidieron dedicarse en cuerpo y alma a Dios y a la religión. En este sentido, la conversión más conocida entre nosotros es la *conversión* de san Pablo. También existen, claro está, muchas conversiones menos espectaculares. Son las más frecuentes; todos conocemos a personas que han pasado de una actitud prácticamente indiferente ante el hecho religioso a un comportamiento comprometido con una determinada religión.

¿En qué sentido puede hablarse entonces de *conversión* de san Agustín? Podemos hablar, evidentemente, de *conversión* en sentido *paulino*, en cuanto que Agustín, siguiendo la narración que nos ofrece en el capítulo octavo de las *Confesiones*, decidió, de una manera aparentemente súbita y tormentosa, abandonar su antiguo modo de vivir y consagrarse en cuerpo y alma a Dios. Yo creo, sin embargo, que, refiriéndonos a san Agustín, es más

exacto hablar de “conversiones”, puesto que a la última conversión que, evidentemente, podríamos llamar *paulina*, le precedieron otras conversiones que, como veremos, también pueden ser llamadas así en el sentido literal de la palabra. De hecho, en las *Confesiones* él mismo nos habla de más de una conversión. Podemos afirmar, entonces, que estas *conversiones* previas fueron preparando, de una manera relativamente lógica, su definitiva conversión al catolicismo y al monacato.

“ Si con G. Barra –escribe el P. CAPÁNAGA– consideramos la conversión como una serie de descubrimientos espirituales cuales son ‘el descubrimiento de la razón, el descubrimiento de nuevos horizontes, el descubrimiento de una religión ideal, el descubrimiento de la libertad verdadera, el descubrimiento de la luz, de la vida, de la brújula, de la paz en la tensión de drama, de la alegría’, todos estos descubrimientos podemos anotarlos puntualmente en la conversión agustiniana, que fue en realidad el descubrimiento de un nuevo mundo para su alma” (Agustín de Hipona, BAC Mayor,8, Madrid 1974, pp.44-45).

Siguiendo el libro de las *Confesiones*, podemos hablar de, al menos, cinco momentos importantes de conversión en la vida de san Agustín. Por eso, he preferido hablar en este tema de *conversiones*, más que de *conversión*. Vamos a analizar ahora cada uno de estos cinco momentos de conversión, fijando la atención, principalmente, en lo que el mismo santo nos cuenta en su obra más conocida de las *Confesiones*.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Has experimentado alguna vez en tu vida la necesidad de convertirte?
- ¿Cuáles han sido las dificultades más fuertes que has tenido que vencer para ser fiel a tu deseo de conversión?
- ¿Qué tipo de *conversiones* religiosas o pseudoreligiosas se dan hoy más frecuentemente entre las personas de tu edad?

I. LA CONVERSIÓN A LA SABIDURÍA

Esta primera conversión se operó en el joven Agustín cuando tenía unos diecinueve años y estudiaba la carrera de Retórica en Cartago. ¿De qué tenía que convertirse Agustín en aquel momento y, de hecho, de qué se convirtió? Analizando detenidamente los datos que él mismo nos da, tenemos que concluir que en el contexto social en que se movía la juventud de Cartago, donde “a mi alrededor chirriaba por doquier aquella sartén de amores depravados” (*Confesiones* 3, 1, 1), Agustín era, social y moralmente, mejor que la mayoría de los jóvenes de su edad. Realmente, un mal chico no lo fue nunca. Sólo durante el año que pasó en su pueblo natal, Tagaste, cuando volvió de Madaura y tuvo que interrumpir sus estudios por falta de dinero, sí podemos decir que fue un hombre desorientado y a la deriva. Tenía dieciséis años y, libre de ocupaciones como estaba, se portó como lo hacían la mayor

parte de los jóvenes de su edad. Todo con el consentimiento y hasta la complacencia de su padre. Pero desde que comenzó sus estudios en Cartago y, sobre todo después de aquel enlace secreto (*Confesiones* 3, 1, 1) que tuvo con la que sería la madre de su hijo y su compañera fiel durante catorce años, el comportamiento de Agustín fue socialmente casi ejemplar. En los estudios era brillante y fue siempre de los primeros, si no el primero, de su promoción. En sus costumbres era sensato y abiertamente contrario a las gamberradas que hacían los perturbadores del orden, y en lo religioso, aunque ya había perdido la fe infantil e ingenua que había mamado en los pechos de su madre, seguía asistiendo a los oficios litúrgicos (*Confesiones* 3, 3, 5 y 6). ¿De qué tuvo que convertirse, entonces, el joven Agustín?

La vida externa de Agustín, después de esta que nosotros llamamos primera conversión, siguió siendo prácticamente la misma. Siguió viviendo con la mujer y con el hijo y siguió teniendo los mismos amigos que tenía antes. Lo que realmente cambió en su vida, en aquel momento, fue su mundo afectivo. Se trató, realmente, de una verdadera *conversión interior*, abandonando muchos de sus amores, deseos y proyectos anteriores y entregándose apasionadamente a un único proyecto: la adquisición de la sabiduría. Como sabemos, él siempre había sido amante de la cultura, pero no había intuido, ni deseado, la verdadera sabiduría. Todo ocurrió con la lectura casual de un libro de Cicerón, hoy perdido. Así nos lo cuenta: siguiendo el programa usual de mis estudios, me di de manos a boca con un libro de un tal Cicerón, cuyo lenguaje todos admiran, pero no así su talante. Este libro contiene una exhortación a la sabiduría y lleva por título *Hortensio*. Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo. También encaminó mis oraciones hacia ti, Señor, e hizo que mis proyectos y deseos fueran otros. De golpe todas mis expectativas de frivolidad perdieron crédito y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a ti... ¡Qué ardor sentía, Dios mío, qué ganas tenía de retomar el vuelo hacia ti desde las realidades terrenas, sin darme realmente cuenta de lo que estabas haciendo conmigo! Porque, de hecho, en ti tiene su morada la sabiduría. (*Confesiones* 3, 4, 7 y 8).

Cambió su amor a la cultura, al saber, y a los éxitos sociales, por un auténtico amor a la sabiduría. ¿Qué quería y qué buscaba Agustín cuando *ansiaba la inmortalidad de la sabiduría*? Tratando de decirlo en muy pocas palabras, Agustín entendía por *sabiduría* la comprensión de la verdad última y definitiva de la realidad. Por eso, siendo, como era, gracias a su madre y desde su infancia, una persona profundamente religiosa, identificó la sabiduría con Dios. Sólo así puede explicarse que un libro pagano y nada religioso, le ayudara a *iniciar el retorno* hacia el Dios en el que nunca había dejado de creer y en el que *tenía su morada la sabiduría*.

Pero la sabiduría a la que exhortaba Cicerón no podía identificarse con el Dios encarnado en Cristo, que era realmente el que su madre le había predicado desde niño. Por eso, al no encontrar en el libro de Cicerón el nombre de Cristo, la hoguera que se había encendido en su corazón con la lectura del *Hortensio* comenzó a enfriarse. (*Confesiones* 3, 4, 4).

Evidentemente, la sabiduría que le proponía el *Hortensio* no era el Dios en el que él creía y al que, al mismo tiempo, buscaba. Con una desilusión progresiva se dio cuenta de que tenía que seguir buscando. Y, queriendo volver a sus orígenes, se *dedicó al estudio de las Sagradas Escrituras* tratando de encontrar en ellas la sabiduría que tan ardientemente deseaba. El joven y brillante estudiante de Retórica seguía entusiasmado con la belleza literaria de la obra de Cicerón y la estimación que merecieron era la de que no tenían categoría suficiente para sufrir un careo con la majestad tuliana (*Confesiones* 3, 5, 9).

II. LA CONVERSIÓN AL MANIQUEÍSMO

Agustín seguía *ansiado la inmortalidad de la sabiduría*, pero se encontraba bastante desanimado y perplejo al comprobar que no podía estar con los filósofos de los que le hablaba el *Hortensio*, que ni siquiera citaban el nombre de Cristo, ni tampoco la había encontrado en las Sagradas Escrituras que había leído. ¿Qué hacer?

Algunos amigos le hablaron de las doctrinas de un tal Manes, un predicador, filósofo y profeta persa del siglo tercero, que predicó sus *revelaciones* hasta que murió martirizado por orden del rey, en el año 277. Manes sí había hablado, con respeto y admiración, de Cristo, y, además, se había atrevido a proclamarse como el Santo Paráclito que había enviado el Padre, después de la muerte de Cristo, para enseñar a los hombres toda la verdad. Estos nombres no se apeaban de sus labios (*Confesiones* 3, 6, 10) y estos nombres sí coincidían con los que Agustín había mamado en los pechos de su madre y en los que él siempre había creído que estaba la verdad. Manes predicó una religión que pretendía ser universal, superior a la de Cristo, Zoroastro y Buda, de los que, sin embargo, se consideraba hermano. “Así que vine a caer en manos de unos hombres de orgullo delirante” (*Confesiones* 3, 6, 10) y “los busqué con curiosidad, los escuché con atención, creí en sus palabras con temeridad, con insistencia persuadí de su doctrina a cuantos pude, con pertinacia y animosidad los defendí”. (*Réplica a la carta de Manes, llamada “del Fundamento”* 3, 3). Estos discípulos de Manes repetían machaconamente: verdad, verdad (*Confesiones* 3, 6, 10) y afirmaban que la verdad se podía descubrir con las solas fuerzas de la razón, sin necesidad de revelación alguna. Esto último fue lo que más entusiasmó a Agustín que, desde la lectura del *Hortensio*, suspiraba por la Verdad, sin poder encontrarla. “¡Ay Verdad, Verdad! ¡Cuán íntimamente suspiraban por ti en aquel entonces las fibras más íntimas de mi corazón, cuando aquellos hombres repetían a mis oídos frecuentemente y de mil maneras los ecos de tu nombre, primero sólo de palabra y luego en gigantescos libros!” (*Confesiones* 3, 6, 10).

Los maniqueos ofrecían una explicación aparentemente lógica a la existencia del mal en el hombre y en el mundo, problema que traía de cabeza y bastante angustiado al joven Agustín. El dualismo metafísico que defendía Manes, afirmando la existencia de dos principios eternos, el Mal y el Bien, de los que procedían todos los males y bienes que hay en la tierra, le pareció a Agustín bastante razonable. Además, al encontrarse fuera de él la verdadera

causa y fuente del mal, quedaba libre de la responsabilidad de sus malos deseos y apetitos carnales que tanto le dominaban y a los que, de ninguna manera, se sentía capaz de vencer.

Permaneció afiliado a la secta maniquea, en calidad de oyente, durante nueve años, desde el decimonoveno hasta el vigésimo octavo año de su edad (*Confesiones* 4, 1, 1). Durante estos nueve años no mantuvo siempre la misma fe en la doctrina maniquea, ni el mismo fervor en la predicación de la misma, sino que sufrió frecuentes dudas y decepciones. A pesar de todo, según él mismo recuerda, fue un fiel y cumplidor practicante de las costumbres y preceptos religiosos que los *Electos* imponían a los *oyentes* de la secta. (*Confesiones* 1, 1) y se convirtió muy pronto en activo apóstol y predicador de la doctrina de Manes. El ejemplo más claro de esto es que convirtió al maniqueísmo a sus amigos más íntimos y hasta se atrevió a predicar la doctrina maniquea en su propia casa paterna, cuando estaba de profesor en Tagaste, razón esta por la que su católica madre –Mónica– se vio obligada a expulsarle de su casa, teniendo que trasladarse el joven Agustín, con su mujer y su hijo, a vivir en casa de su mecenas Romaniano. Probablemente la razón por la que no aspiró nunca a ingresar en el grupo de los *Elegidos* no fue por falta de convicción, sino, principalmente, porque estos exigían vivir en total continencia y Agustín no se sentía capaz de prescindir de la mujer.

La desilusión maniquea comenzó a crecer en Agustín, primero por razones científicas y después por motivos morales, metafísicos y escriturísticos. Fueron precisamente sus amplios conocimientos sobre astrología los que primero le abrieron los ojos sobre muchas de las falsedades y fábulas maniqueas. Cuando trató de exponer sus dudas a los *maestros* de la secta, estos o no supieron responderle, o le confesaron abiertamente su ignorancia.

Agustín terminó por abandonar el maniqueísmo y cayó entonces en una profunda crisis intelectual, pensando que el conocimiento de la verdad era algo inaccesible al hombre. Pasó por un corto periodo de escepticismo, identificándose, en gran parte, con la filosofía de los *Académicos*.

III. LA CONVERSIÓN AL NEOPLATONISMO

Es posible que la palabra *conversión*, entendida en su sentido estricto, no pueda ser aplicada al momento en que Agustín leyó los libros neoplatónicos. Quizá sea más acertado decir que Agustín, desde el momento mismo en el que decidió abandonar la secta maniquea, se puso ya en camino de conversión hacia el catolicismo. En cualquier caso, el Agustín convertido siempre creyó que la lectura de estos libros había sido puesta por Dios providencialmente en su camino. “Lo primero que hiciste, sirviéndote de un individuo hinchado de descomunal soberbia fue proporcionarme algunos libros de los platónicos, traducidos del griego al latín”. (*Confesiones* 7, 9, 13). Y es que la lectura de estos libros de los neoplatónicos fue para él algo sorprendente e iluminador y le ayudó a solucionar teóricamente aquellos dos problemas a los que hasta entonces no había encontrado solución: El problema del mal y el de las sustancias incorpóreas. Sobre todo, el problema del mal seguía

angustiándole interiormente: “Seguía investigando el problema del mal, pero sin llegar a resultado alguno... ¡Por qué dolores de parto pasó mi corazón!” (*Confesiones* 7, 7, 11). Igualmente le resultaba imposible entender que existiera alguna sustancia totalmente incorpórea y espiritual: “Me resultaba totalmente imposible pensar en sustancias distintas de aquellas que suelen contemplar estos ojos carnales.” (*Confesiones* 7, 1, 1). No es que estos dos problemas le impidieran seguir creyendo en el mismo Dios en el que siempre había creído, sino que su inteligencia y, sobre todo, su imaginación, se negaban a comprenderlo: “Me veía constreñido, si no a imaginar que tenía forma de cuerpo humano... sí a imaginarle como algo corpóreo, ora esparcido por el cosmos, ora difundido por los infinitos espacios extracósmicos”. (*Confesiones* 7, 1, 1).

Fue la lectura de estos libros la que le enseñó a buscar a Dios en el interior de sí mismo, trascendiendo la imagen corporal de las criaturas. “Ante la sugerencia de aquellos escritos que me intimaban el retorno a mí mismo, penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo porque tú me prestaste asistencia”. (*Confesiones* 7, 10, 16). La verdad es que Agustín, movido por su corazón, que estaba ansioso de llegar al Dios cristiano, fue capaz de descubrir en estos libros mucho más de lo que realmente estos libros decían. Leyó estos libros en clave cristiana y, dicho en frase muchas veces repetida, inició un proceso histórico de cristianización de Platón y, particularmente, del neoplatónico africano Plotino. Escribe el mismo Agustín: “Leí en ellos –no literalmente, pero sí en esencia– apoyado con muchos y variados argumentos, que en el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios... Todas las cosas fueron hechas por ella, y sin ella no se hizo nada...” (*Confesiones* 7,9,13) “También leí en estos libros que la Palabra de Dios no nació de carne ni de sangre, ni de la voluntad del varón, ni de la voluntad carnal, sino de Dios... Asimismo averigüé en aquellos escritos, en medio de expresiones variadas y múltiples, que el Hijo tiene la forma del Padre y que no consideró usurpación igualarse a Dios, por tener la misma naturaleza que él...” (*Confesiones* 7, 9, 14). Evidentemente, ni Platón, ni Plotino pensaron nunca en el Dios cristiano encarnado en Cristo, cuando hablaron de Logos, Verbo o Palabra. Pero Agustín creyó ver, entusiasmado, coincidencias claras entre las palabras de estos filósofos y el principio del evangelio de san Juan.

IV. LA CONVERSIÓN AL CATOLICISMO

Como podemos entrever, y como ya hemos indicado, la conversión de Agustín al catolicismo no fue algo súbito e inesperado. Ya hemos dicho que en cuanto abandonó la secta maniquea pasó por un corto periodo de escepticismo. Con la lectura de los libros neoplatónicos se puso, consciente y deliberadamente, en camino hacia el catolicismo. Probablemente quien más le ayudó a recorrer este camino fue, sin duda, el entonces obispo de Milán, Ambrosio. No voy a hablar de la evidente y decisiva influencia de Mónica, su madre, que ya estaba en Milán con su hijo, después de haberle seguido por tierra y por mar, con su piedad llena de bríos, segura de ti en todos los peligros (*Confesiones* 6, 1, 1). Mónica, como no podía ser menos, acudía con mayor entusiasmo a la iglesia y quedó, desde el primer momento, extasiada

ante los labios de Ambrosio como ante un surtidor de agua viva que brota hasta la vida eterna (*Confesiones* 6, 1, 1). La insistencia con la que la madre hablaba al hijo sobre las excelencias del obispo no nos lo cuenta Agustín, pero lo podemos sospechar. Lo cierto es que Agustín tuvo desde el primer momento una buena opinión sobre el obispo Ambrosio y es de suponer que la influencia de su madre le ayudara progresivamente a aumentar esta estima. Y llegué a Milán y allí me encontré con Ambrosio, su obispo, célebre y popular en todas partes entre los mejores, siervo tuyo piadoso... Inconscientemente me veía encarrilado a él por tu mano, para que, siendo yo consciente, él me encarrilara hacia ti (*Confesiones* 5, 13, 23). El obispo Ambrosio acogió al joven profesor de la cátedra imperial de retórica paternalmente y con afabilidad propia de un obispo. Agustín puso todo su interés en escucharle cuando hablaba al pueblo (*Confesiones* 5, 13, 23), pero no lo hacía para aprender una doctrina católica que, en un primer momento, no le interesaba lo más mínimo, sino para hacer un análisis minucioso y detallado de su elocuencia, por ver si estaba a la altura de su fama o por debajo de lo que de él se rumoreaba. Y ocurrió que, “cuando abría mi corazón para dar acogida a las expresiones retóricas, de paso se colaba dentro de él la verdad de los contenidos. Pero esta operación era paulatina y escalonada” (*Confesiones* 5, 14,24). Ambrosio ayudó a Agustín a interpretar espiritualmente algunos pasajes del Antiguo Testamento que, “interpretados literalmente por mí, me estaban causando la muerte” (*Confesiones* 5, 14, 24). De esta manera, se convenció definitivamente de la falsedad de muchas de las interpretaciones que los maniqueos hacían de esos pasajes que tanto le habían hecho sufrir a Agustín y que le impedían abrirse claramente a la interpretación católica.

Total que, junto a la lectura de los libros neoplatónicos, la *enseñanza* del obispo Ambrosio terminó de despejar de la mente del joven catedrático de retórica aquellos temores y tinieblas que le habían impedido hasta entonces acercarse a la Iglesia católica. Era cuestión de dar definitivamente el primer paso. Y Agustín lo dio: “Así que, dudando de todo al estilo de los académicos, según el concepto en que comúnmente se les tiene, y dando bandazos entre todo tipo de opiniones, tomé la resolución de abandonar a los maniqueos... En consecuencia, a la espera de que surgiese algo seguro adonde encaminar mis pasos, tomé la resolución de ser catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres” (*Confesiones* 5, 14, 25). Por cierto que, haciendo una breve digresión, podemos ver aquí un precedente interesante de la actitud de Descartes, después de haber adoptado la duda metódica. Pero no es este nuestro tema.

Ya hemos dicho que Agustín buscaba no sólo a Dios, en el que nunca había dejado de creer, sino al Dios encarnado en Cristo, tal como se lo había enseñado siempre su madre. Los libros neoplatónicos, sin embargo, al igual que el *Hortensio* de Cicerón, tampoco hablaban de Cristo. Por otra parte, perdida la fe en la palabra y la doctrina de Manes, pronto se dio cuenta de que tampoco el Cristo del que hablaba el profeta persa llenaba las ansias de su corazón. Y una vez más volvió a buscar la solución de sus problemas en las Sagradas Escrituras. Fue la lectura del apóstol Pablo la que le sirvió de

definitiva ayuda para acercarse al verdadero Dios cristiano al que él buscaba. “Así, pues, con toda avidez, cogí las escrituras venerables de tu Espíritu, con preferencia el apóstol Pablo y fueron desvaneciéndose todos aquellos problemas en que a veces me parecía descubrir contradicciones e incoherencias entre sus palabras y el testimonio de la Ley y los profetas. Y apareció ante mis ojos la verdadera y única identidad de tus palabras castas, y aprendí a alegrarme con temblor” (*Confesiones* 7, 21, 27). Y en su libro *Contra los Académicos* nos dirá: “Dirigí los ojos a aquella religión que me fue inculcada desde mi juventud y de la que estaba totalmente compenetrado. Ella me atraía sin que me diese cuenta. Así... me adherí al apóstol Pablo... y lo leí con la máxima atención y circunspección. Entonces... se me reveló el rostro de la filosofía con plena evidencia” (2, 2). En esta “filosofía” del apóstol Pablo, encontró verdaderamente Agustín mucho más de lo que había creído encontrar en los libros neoplatónicos. Encontró no solo la Sabiduría, sino el camino para llegar a ella. En la lectura de los libros neoplatónicos la sola razón le había hecho vislumbrar la belleza de la Sabiduría y se había encendido en él el deseo de alcanzarla. Pero cuando quiso llegar hasta ella, para abrazarla y poseerla, con las fuerzas de la sola razón, estas le habían fallado. San Pablo le revelaba ahora el verdadero rostro de la sabiduría, encarnada en Cristo, y, lo que para Agustín fue más sorprendente, le descubrió, al mismo tiempo, el camino para llegar a ella: el camino de la humildad. Fue un descubrimiento verdaderamente enriquecedor para Agustín. “No siendo humilde –dirá– no comprendía la humildad de mi Dios, Jesucristo, ni entendía qué podía enseñarnos su enfermedad... ¿Cuál es el motivo, dice, dirigiéndose a los neoplatónicos, por el que no queréis ser cristianos si no es que Cristo ha venido con humildad y vosotros sois soberbios? (*La ciudad de Dios* 10, 29).

De todo lo anterior podemos deducir que, después de la lectura del apóstol Pablo, unos cuantos meses antes de la famosa y conocida escena del huerto, Agustín era ya totalmente católico, en su mente y en sus afectos. “Ya se habían evaporado todas mis dudas... Lo que ahora andaba buscando no era una mayor certeza de ti, sino una mayor estabilidad en ti” (*Confesiones* 8, 1, 1). Incluso su comportamiento externo era el de un católico normal y cumplidor, que reza y va a la iglesia con asiduidad. “Yo actuaba como de ordinario, pero con una angustia progresiva. Diariamente dirigía mis suspiros hacia ti y frecuentaba tu iglesia en la medida en que me lo permitían las ocupaciones bajo cuyo peso me lamentaba” (*Confesiones* 8, 6, 13). ¿Qué le quedaba entonces a Agustín para poder vivir sin esa *angustia progresiva* de la que nos habla y para poder sentirse a sí mismo un auténtico convertido? Convertirse al monacato.

PARA EL DIÁLOGO

- San Agustín se convirtió a la sabiduría después de leer un libro de Cicerón. ¿Crees que el hombre contemporáneo experimenta hambre de sabiduría y de verdad? ¿Por qué?

- La *conversión* a la práctica de la religión católica tropieza, a veces, con el tópico de que Iglesia es sinónimo de prohibición, moral rígida...¿Cómo presentar hoy el carácter liberador del mensaje de Jesucristo?

- Hay muchas personas que se dicen católicas por el hecho de haber sido bautizadas y asistir los domingos a la Iglesia. ¿Qué tipo de comportamiento práctico debe ser hoy el que distinga a un verdadero católico?

LA CONVERSIÓN AL MONACATO

En el libro octavo de las *Confesiones* lo que Agustín nos cuenta, preferentemente, no es su conversión al catolicismo, sino su conversión al monacato. Agustín fue un hombre radicalmente apasionado en sus deseos y decisiones. Cuando tomaba una decisión, la tomaba con todas sus consecuencias. Por eso, cuando leyó el *Hortensio* quiso dedicar toda su vida a la búsqueda de la sabiduría; cuando se convirtió al maniqueísmo quiso alcanzar al Dios-Sabiduría, revelado por Manes, con la sola luz de su razón; cuando leyó los libros neoplatónicos quiso dedicar todo su tiempo, viviendo en comunidad con sus amigos, a la contemplación y disfrute del Dios-Unidad-Belleza, vislumbrado por Plotino; y cuando leyó a San Pablo prometió ardiente y angustiosamente dedicar toda su vida al Dios revelado en Cristo. ¿Qué fue lo que le impidió, una y otra vez, realizar sus sinceros y fervientes deseos? En un principio, el deseo de fama y honores, pero siempre, y sobre todas las demás cosas, la mujer.

Cuando Agustín se convirtió al catolicismo vivía ya sin la madre de su hijo, a la espera de poder casarse con una niña “a la que ya había pedido la mano y a la que faltaban dos años para alcanzar la edad núbil” (*Confesiones* 6, 13, 23) y habiéndose buscado, entretanto, otra mujer (*Confesiones* 6, 15, 25). No creía tener el temple de su amigo Alipio y no se sentía capaz de vivir sin mujer: “Pensaba que iba a ser muy desgraciado privándome de las caricias de una mujer... me veía agarrotado por los achaques de la carne, arrastraba mis cadenas y temía verme librado de ellas... Lo que a mí me atormentaba y esclavizaba principalmente y con dureza era la costumbre de saciar mi pasión insaciablemente” (*Confesiones* 6, 11, 20; 12, 21 y 22) Se sentía ya con fuerzas para renunciar a su anterior deseo de honores y dinero, *pero se veía aún fuertemente encadenado a la mujer* (*Confesiones* 8, 1, 2). Esta irrompible atadura a la mujer hacía sufrir a Agustín y convivía en él con un deseo ardiente de romper los lazos carnales para volar, libre y sin lastre, hacia Dios. Situación interior, angustiosa y, a veces, desesperada, que le producía una agotadora languidez. “Había encontrado ya la perla preciosa, tenía que comprarla, aunque tuviera que vender todos mis bienes. Pero dudaba” (*Confesiones* 8, 1, 2).

Con el ánimo humilde y conturbado se dirigió Agustín al anciano y sabio sacerdote Simpliciano, padre espiritual del obispo Ambrosio. Cuando Agustín habló al anciano sacerdote de la revolución interior que había sufrido con la

lectura de algunas obras de los platónicos, en su versión latina de Victorino, Simpliciano, con astucia santa, le contó, con todo lujo de detalles, la valiente y pública conversión al catolicismo del famoso profesor, escritor y traductor, al que Agustín tanto admiraba. El corazón de Agustín se inflamó en deseos de imitarle: “A partir del momento en que tu siervo Simpliciano concluyó su relato sobre Victorino, ardí en deseos de imitarle. Tal era el objetivo que se había propuesto Simpliciano al contarme el caso de este hombre” (*Confesiones* 8, 5, 10). Pero esta su nueva voluntad, espiritual, no era aún capaz de sobreponerse a la voluntad antigua, la carnal: “En cuanto a mi voluntad nueva... aún no se sentía capaz de vencer a la primera, que se había ido reforzando con los años. De este modo, mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, una carnal y otra espiritual, peleaban entre sí. Este antagonismo destrozaba mi alma” (*Confesiones* 8, 5, 10). No tenía duda ninguna sobre la verdad católica, pero no se sentía todavía con fuerzas para entregarse del todo a Dios: “no me valía ya aquella excusa con que solía persuadirme a mí mismo, alegando que si aún no me había puesto a tu servicio despreciando el mundo era por que no tenía aún un conocimiento claro de la verdad. Ya lo tenía, y bien claro” (*Confesiones* 8, 5, 11).

Lo que, finalmente, desencadenó la tormenta interior que llevó a Agustín a romper, para siempre, las ataduras de la carne y a convertirse al monacato, fueron los relatos que les contó Ponticiano a él y a su fiel amigo Alipio: “Voy a contar también el procedimiento que empleaste para liberarme de las ataduras del deseo de unión carnal que me tenía cogido y de la esclavitud de las ocupaciones mundanas” (*Confesiones* 8, 6, 13).

Ponticiano, africano y compatriota de Agustín, desempeñaba un alto cargo en la corte de Milán. Cuando llegó a casa de Agustín, en visita rutinaria de amistad, estaba también allí, en aquel momento, Alipio. Ponticiano se sorprendió al ver que sobre la mesa del despacho estaba el libro de las cartas del apóstol Pablo. Él, que era un ferviente cristiano, se alegró al comprobar el interés de Agustín por los escritos paulinos y, hablando y hablando, les contó la vida de “Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre gozaba de meritoria fama entre tus siervos, pero que nosotros desconocíamos hasta ese preciso momento... Quedamos boquiabiertos oyendo tus portentos... Todos quedamos maravillados: nosotros, por tratarse de hechos tan notables, él, de nuestra ignorancia sobre el particular” (*Confesiones* 8, 6, 14). También les contó que incluso extramuros de Milán había un monasterio poblado de buenos hermanos bajo la dirección de Ambrosio, y nosotros no lo sabíamos” (*Confesiones* 8, 6, 15). Les habló, además, de dos funcionarios de la corte que, habiendo encontrado en una cabaña la *Vida de Antonio* y después de leerla ávidamente, decidieron quedarse en la cabaña haciendo vida de monjes.

La tormenta que se desencadenó en el corazón de Agustín, después de oír los relatos de Ponticiano, y una vez que este se había marchado, fue descomunal. “¡Qué cosas me dije! ¡Con qué pensamientos restallantes como azotes flagelé mi alma para ver si me seguía en mi intento de ir en pos de ti! Pero ella se resistía... Ya estaban agotados y rebatidos todos

los argumentos. Sólo quedaba un temblor mudo. Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla” (*Confesiones* 8, 7, 18).

Lo que siguió a esta gigantesca tormenta en el interior del corazón de Agustín es de sobra conocido por todos los que han leído el libro de las *Confesiones*: Agustín se dirige a Alipio con frases entrecortadas y sollozantes, salen los dos al huerto de la casa, Agustín *hace un montón de gestos corporales... se tira de los pelos, se golpea la frente, se aprieta las rodillas engarfiando los dedos de las manos...* (*Confesiones* 8, 8, 20), se aleja de su amigo Alipio y *cae derrumbado a los pies de una higuera...* En esta situación es cuando oye “una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de niño o niña, que decía cantando y repitiendo a modo de estribillo: *¡Toma y lee! ¡Toma y lee!*” (*Confesiones* 8, 12, 28 y 29). Se incorpora y corre a abrir el códice de las epístolas de San Pablo, con la intención de leer lo primero conque se topase. Allí leyó: *Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias ni desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias* (*Romanos* 13,13 y ss.).

Agustín estaba convertido al monacato: “nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda... Me convertí a ti de tal modo que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo” (*Confesiones* 8, 12, 29 y 30).

A LOS TREINTA Y TRES AÑOS, DEJANDO TODO, HACE PROPÓSITO DE SERVIR A DIOS

“Al punto, con todas las veras del corazón, dejó toda esperanza secular, sin buscar mujer, ni hijos, ni riquezas, ni honores mundanos, sino sólo servir a Dios con los suyos, anhelante por vivir en aquella y de aquella grey, a la que dice el Señor: “No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino...” Y lo que repite el Señor y deseaba cumplir el santo varón: “Si quieres ser perfecto, ve, vende todo cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme”.

Después de recibir el bautismo juntamente con otros compañeros y amigos, que también servían al Señor, le apeteció volverse al África, a su propia casa y heredad; y una vez establecido allí, casi por espacio de tres años, renunciando a sus bienes, en compañía de los que se le habían unido, vivía para Dios, con ayunos, oración y buenas obras, meditando día y noche en la divina ley. Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos” (*Vida de San Agustín escrita por San Posidio*, capítulos 2 y 3).

Hasta aquí el testimonio vivo y directo de san Posidio. Queda atrás un camino largo y azaroso de descubrimientos y rectificaciones. Toda esta aventura inquieta queda sintetizada en lo que he llamado *las conversiones de*

san Agustín. En este proceso de liberación interior y de acercamiento a la Verdad, intervienen la inteligencia y el corazón. Es el Agustín intelectual, amigo del pensamiento, y el Agustín vitalista, amigo de experiencias.

La conversión no debe interpretarse como llegada a la estación término sino, más bien, como el hallazgo de tierra firme que permite hacer pie para continuar el viaje. El sentido dinámico de toda conversión exige una cierta provisionalidad porque, de lo contrario, se bloquea la apertura al cambio y se detiene uno en el camino por sentirse como quien ya ha llegado. La vida “o es apasionamiento, búsqueda y, por consiguiente, inquietud, o es un dejarse morir cada día un poco, huyendo en dirección de todas las evasiones posibles que caracterizan a nuestra sociedad y que sólo sirven para aturdirse u evitar el planteamiento de las verdaderas preguntas” (BRUNO FORTE, *La esencia del cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 2002, pp.29-30).

Las conversiones de *san Agustín* son hoy testimonio ejemplar de la lucha por creer y el diálogo permanente con una Verdad que no se deja domesticar por nuestras pretensiones. La fe, escribe Bruno Forte, “es lucha y agonía, no el reposo de una certeza poseída. Quien piensa tener fe sin luchar, se arriesga a no creer en nada”, (o.c. p.112).